

MÈRE THÉRÈSE EMMANUEL Y SANTA MARÍA EUGENIA: VOCACIÓN Y AMISTAD.



A. Nuestras raíces asuncionistas

Limerick, Irlanda... ¡Isla Esmeralda! Guardiania y defensora de la libertad religiosa.

En el siglo IV de nuestra Era, un O`Neill tomó posesión de esta bella Isla, arriesgando su vida, sin temor. En el escudo familiar, hay dos símbolos de esta gesta heroica: una mano ensangrentada y una espada.

Catherine, a quienes sus amigos llamaban Kate, nace el 3 de mayo de 1817. Sus padres, profesaban la fe católica, eran muy piadosos y tenían una adhesión profunda a la Iglesia Católica. Entre sus antepasados hubo héroes, santos y poetas.

Catherine era la segunda, de una familia de cuatro hijos, dos varones y dos mujeres.

Ella vino al mundo con los defectos y las grandezas de su raza. Alma ardiente y orgullosa, naturaleza elevada y poética, voluntad fuerte, tono de mando. Todo ello revelaba dones superiores de los cuales podía servirse para la Gloria de Dios o para su propia gloria.

A los seis años, perdió a su madre. Junto a su hermana Marianne entran a un internado, en el colegio de las Damas Inglesas de York.

*A sus 10 años
promete a Jesús
entregarse a él en
la vida religiosa.*

El 25 de diciembre de 1827, hace su Primera Comunión. Tenía 10 años. En el fervor de su alma joven, promete a Jesús entregarse a él en la vida religiosa.

Más tarde, las dos hermanas entran en el internado de las religiosas del Santo Sepulcro en New Hall. Aquí, Catherine adquiere una alta idea y estima profunda por la vida religiosa hasta en sus mínimos detalles, el amor por el Oficio Divino, el gusto por las bellas ceremonias litúrgicas, que conserva toda su vida. Su corazón se desarrolla al igual que su inteligencia.

Las semillas sembradas en su alma a través de la fe de su mamá y los dones del Cielo crecieron en este ambiente de gracia y de paz.

A los 17 años, en 1834, termina sus estudios y regresa con Marianne a la casa paterna. En este ambiente, nada les falta. Admiradas y buscadas, viven en fiestas, aman apasionadamente danzar y se jactan algunas veces, de no haberse sentado en toda la noche.

Sus jornadas están llenas de vanidad, fiestas, placeres, lecturas frívolas.

En medio de las distracciones del mundo, el fervor y la vocación de Catherine se enfrían. El poder de su vocación disminuye y aunque su corazón permanece puro y la razón está convencida de la nada de todas las cosas, pierde la ingenua simplicidad de su fe y el impulso entusiasta de su amor.

Ella razona, discute con Dios, con el mundo, con la gracia de su vocación y los atractivos de la vanidad. Se ha opacado el deseo ardiente de entregar su vida a Jesucristo.

En la agitación de su alma, se cuestiona: "¡Y qué! El mundo, ¿no será más que una pompa de jabón hueco y vacío? ¿No es más que vanidad, pecado, pasión, lucha, mientras que el claustro sería el asilo de la santa paz de Dios y de una tranquilidad desconocida por el mundo? ¿Es la imaginación la que le da este matiz de sublime y solitaria belleza? Pero la vida en común tiene su lado penoso. En todas las instituciones en donde se agrupan seres huma-

nos con un fin u otro, no hay que esperar estar libres de sujeciones. Estos deberes, este soportar las debilidades de los asociados, fatigarían hasta a los más ardientes... y además, esta continua abnegación de la voluntad y del espíritu, ¿podré yo alguna vez someterme? ¿Es que todas estas cosas que se imponen a mi espíritu fastidiándolo y la minucia del sacrificio, no terminarán borrando de mi alma la visión entusiasta de la inmolación y esconderme el fin al cual estas pequeñeces conducen y por el cual éstas deben ser soportadas?...

¿Es que los votos no serán ataduras de hierro para mi alma, si el fuerte sentimiento que me lleva a someterme me abandonara?..."¹

Sin embargo, continúa razonando y la fe dirige su razón: "Por otro lado, peso todo lo que puede decirse en favor de una vida feliz en este mundo; toda su dicha deja finalmente la huella de un recuerdo que se borra rápidamente con la primera pena.

Supongamos que yo me consagro a un ser cualquiera, y hago de él mi destino, él seguirá siendo imperfecto... ¿No será mejor entregar a Dios sus afectos que ninguna criatura podrá satisfacer y consagrar a Dios toda su vida? Por tanto, ¿no hay más que el claustro, prisión del pensamiento como de la acción, para santificar mi alma?...

Después de todo, es el sacrificio de algunos años que pasarían en el mundo como un sueño, y que, en el claustro, estarán llenos por la anticipación de las recompensas prometidas por las mortificaciones y privaciones que soportaría... Sobre la tierra, no se hablará más de mí, pero guardaré un nombre y una fama para la eternidad. Mi ambición aspira a los laureles eternos."²

Al final de 1836, el señor O'Neill lleva a sus hijas a Irlanda, a la familia de su mamá. Pasaron varios meses visitando a sus parientes, de castillo en castillo, disfrutando de su

*¿No será mejor
entregar a Dios
sus afectos que
ninguna criatura
podrá satisfacer y
consagrar a Dios
toda su vida?*

1 Une mystique du XIXe. Siècle. Mère Thérèse Emmanuel. Bonne presse, 5, Rue Bayard, Paris -8, pág. 3-4.

2 Idem. Pág. 4-5.

Encantada con el libro, se decide a trasladarse a Paris con su hermana.

hospitalidad sencilla, cordial y gozosa. Todos las admiran, las quieren, pues ambas son encantadoras; pero la menor brilla sobre todo por sus gracias exteriores, su espíritu culto y su viva inteligencia.

Kate acoge todos estos homenajes casi como un derecho. Este corazón, que Nuestro Señor se reserva, no se deja tocar ni rozar siquiera por un sentimiento demasiado humano.

Un día, estando en una propiedad muy bella, cuyo dueño la enamoraba, una de sus primas le dice riéndose: “Todo eso es tuyo, si lo quieres...” Y Kate le responde: “Es bello, me encantaría tenerlo, pero sin su dueño”.

En 1837, a los 20 años, sufre la ruina económica de su papá. Marianne y Kate heredan una parte de los bienes de su madre. Su realidad cambia radicalmente. Catherine, encantada con el libro en donde Mme. De Staël cuenta los viajes de Corina, se decide a trasladarse a Paris con su hermana. Su tía intenta retenerla, pero es en vano.

En una nota del 3 de agosto de 1837, Catherine escribe: “Entre las impresiones que la calma de la naturaleza ha creado en mi alma, hay una que yo pienso que la ha visitado para un buen fin y que me ha hecho sentir la nada de todas las cosas. Si esta impresión continúa, me conduciría en poco tiempo a un claustro... Sí, ¡todo es nada!... Más vale renunciar a todas las cosas por una esperanza eterna, que malgastar su tiempo en cosas tan pequeñas.

Para aquellos que reflexionan, hay una cierta grandeza en la idea de entregarse por entero en la vida religiosa, de concentrar sus pensamientos y sus afectos en Aquel que es el único perfecto y capaz de llenar el vacío que dejan en el alma todos los placeres de la tierra... ¡Cuán rápido la frescura abandona todas las alegrías terrestres! ¡Cuán rápido el desengaño y el fastidio se hacen sentir en una vida que ha pensado haber llegado a su meta! ¡Los años pasan en estas nadas y llega el último día!

¿No será éste mi destino? ¿Debo preverlo o evitarlo?... Como dice Madame de Staël, nuestro poder de amar

es demasiado grande; ¡lo es demasiado en las almas ardientes!

¡Qué dichosas son aquellas que consagran a Dios este sentimiento profundo del cual no son dignos los habitantes de esta tierra!... Aunque yo sea poca cosa en la balanza del mundo, yo desdeñaré poner al servicio de quienes jamás he conocido mi pequeño tesoro de afecto.

¡Todo es nada, y comprendo que uno desprecie los bienes perecederos de este mundo por lo que es inmutable y eterno!

Esto es solo una simple reflexión. Haría falta más que eso para abrazar la vida religiosa.

La piedad que conduce al claustro le faltará por mucho tiempo a mi alma, antes que pueda yo dejar mis libros, mi independencia y mis pensamientos... ¿Cuál será pues mi destino? Estoy totalmente preparada para hacer la peregrinación de la vida sin mis libros, los amigos más queridos e íntimos. Son mi mundo y tienen mayor influencia sobre mi espíritu que cualquier ser viviente.”³

A las 21, se traslada con su hermana Marianne a Paris.

La Abbaye –au – Bois (Abadía del Bosque) era muy famosa. Mme. Récamier, amiga de Mme. De Staël, habita ahí. En su salón, se reunían en torno a Chateaubriand, todas las celebridades de entonces. Estos grandes nombres, hicieron que Catherine y Marianne desearan vivir ahí. Primero, las acogieron en la clausura. Lugar que encontraron triste y obtuvieron el permiso de su padre para habitar la parte externa del convento. Ahí conocieron a Mme. Récamier, Mme. De Castellane, Mlle. de la Rocheponcier y otras; estas señoras, encantadas de la distinción de estas jóvenes, las recibieron con placer en su sociedad, las iniciaron en la vida parisina y las llevaron a visitar los principales monumentos de la Capital; sin embargo, las aspiraciones secretas de Catherine no estaban satisfechas.

*¡Todo es nada,
y comprendo que
uno desprecie los
bienes perecederos
de este mundo por
lo que es inmuta-
ble y eterno!*

3 Idem, pág. 6-7.

Catedral
de Metz



En la noche del 25 al 26 de agosto de 1817, día de San Luis, rey de Francia, nace en Metz, Francia, **Ana Eugenia Milleret**. La familia Milleret desciende de un condotiero italiano, al servicio de Francia, bajo el rey Francisco I, inicios del siglo XVI. Su apellido era Miglioretti. En el escudo de familia, resaltan las armas de la familia: una fortaleza, un águila, dos estrellas y un tallo de mijo, en italiano “miglio” o “miglioretti”. La divisa que porta el escudo es: “Nada sin la fe”.

Su madre, Eleonore Eugénie de Brou, pertenece a una familia de la nobleza militar, cuyos orígenes se sitúan en Bélgica y Luxemburgo. Estas raíces pluriculturales proporcionan a la educación de la familia una gran amplitud de espíritu. Hablan el alemán y el francés con fluidez.

El matrimonio tuvo tres niños y dos niñas. Ana Eugenia es la penúltima. Recibe el Bautismo el 5 de octubre en la capilla de Preisch, dedicada a María Magdalena.

En Preisch, cerca de Metz, habitan una parte del año, en un castillo en una vasta propiedad. Llevan un tren de vida cómodo y a su vez austero. La propiedad se asoma a Luxemburgo, a Alemania y a Francia. En familia, aprende

Ana Eugenia el valor, el dominio de sí misma, la dulzura , la fortaleza, la renuncia y la sencillez de los juegos.

Aquí aprende Ana Eugenia, junto a su madre, la honestidad, la rectitud, la generosidad, el amor a los pobres y a los enfermos, a ser buena y respetuosa con ellos.... De su papá, un político militante en la oposición liberal bajo el régimen de la Restauración Monárquica, ella aprende la búsqueda y la lucha por la transformación social, que un día comprenderá que solo puede venir de JESUCRISTO.

A los cinco años, Ana Eugenia pierde a su hermano Carlos, cuatro años mayor que ella y al año siguiente, a su hermanita Elisabeth de once meses.

El hermano mayor, Eugenio, tiene 20 años. Ella pasa su infancia con Luis. Tienen una gran amistad.

En la Navidad de 1829, recibe la Primera Comunión en la iglesia de Sainte Ségolène en Metz. Aquí recibe una gracia mística que perdurará toda su vida y se desarrollará en ella y en la Congregación. Al recibir a Jesús, se siente totalmente aprehendida por la grandeza de Dios y absorbida por el Ser de Dios. Desde ese momento, es atraída interiormente a rendirle un homenaje que solo puede hacerlo a través de Aquel que acaba de recibir. Ella lo expresa así: “En el momento que recibí a Jesucristo, fue como si todo lo que había visto en la tierra, incluso mi madre, no fuera más que una sombra pasajera.”

Al volver a su lugar después de comulgar, escucha claramente una voz que le dice: “Perderás a tu madre, pero yo seré para ti más que una madre. Llegará un día en que dejarás todo lo que amas para glorificarme y servir a esta iglesia que no conoces”.

Esta fue una gracia fundante de su vida a la que vuelve a lo largo de su vida y donde se cimenta su vocación a la vida religiosa.

En su adolescencia, le afecta una tifoidea seria que le impide continuar sus estudios en Metz. Vuelve a Preisch, se refugia en sus libros que se vuelven sus amigos. Aprende

*Recibe una gracia
mística que perdurará
toda su vida
y se desarrollará
en ella y en la
Congregación.*

*Aquí disfruta
de este ambiente
mundano, sin
embargo, todo la
deja insatisfecha-*

a indagar, reflexionar, profundizar, en medio de una vida solitaria.

En 1830, a la edad de 13 años, sufre la ruina económica de su padre y pasan de una vida cómoda a una más modesta. Abandonan Preisch y la casa de Metz.

Luego viene la separación de sus padres. Ana Eugenia se va con su madre a París y Luis, se queda con su padre. Un nuevo desprendimiento: de su familia, sus lugares de origen, su posición económica.

En París, vive con su madre en la colina de Montmartre, se refuerzan sus lazos entrañables de cariño. Esta etapa dura poco tiempo. En 1832, a sus quince años, su madre es arrebatada por una epidemia de cólera que hace estragos en la capital.

Ana Eugenia queda sola y desamparada. Le queda el sufrimiento de no haber podido administrar a su madre el sacramento de la Unción de Enfermos.

Su padre, el señor Milleret, la confía a la señora Dulcet, amiga de la señora de Milleret. Muy rica y mundana. Aquí disfruta de este ambiente mundano, su particular encanto le proporciona gran éxito. Sin embargo, todo la deja insatisfecha.

Este ambiente más irreligioso aún que el que tuvo en su niñez, los libros leídos, la tristeza de la pérdida de su madre, despiertan en ella mucha angustia y muchos interrogantes: "Mis pensamientos son como un mar agitado que me fatiga y me pesa. Quisiera saber todo, analizar todo y adentrándome en regiones espantosas, camino audazmente perseguida por no sé qué inquieta necesidad de conocimiento y de verdad que nada puede saciar.

Cansada de mí misma, quisiera aniquilar esta inteligencia, hacerla callar, detenerla... Estoy sola, sola en el mundo, en un amargo aislamiento de alma. Y ¿qué interés tienen todos esos que pasan a mi lado, sus risas alegres con las que yo me mezclo, esos amigos que me dan la mano sin inquietarse si sufro...? Cuando estoy con ellos, estoy

más sola que nunca; si me muriera mañana, me olvidarían pasado mañana; nadie vendría a rezar a mi tumba.”

En 1835, a sus 18 años, su padre la envía a casa de una de sus primas, la señora Foulon. Ambiente muy piadoso, que según el juicio de Ana Eugenia es más peligroso aún que el ambiente frívolo de la familia Doulcet. Sus ideas estrechas la aburren. Se siente muy sola. Vuelve a la gracia de su primera comunión: “Mi Dios, con su bondad, me dejó un vínculo de amor. Podía dudar de la inmortalidad del alma, pero rechazaba involuntariamente todo lo que atacaba al sacramento de nuestros altares, y cuando en la iglesia veía la hostia en las manos del sacerdote le pedía, a pesar mío, que me hiciera como ella y que me condujera más arriba.”

B. Escogidas por Dios para extender su Reino

En la capilla de la Abadía del Bosque, las hermanas Catherine y Marianne asistían a ceremonias de profesión y de toma de hábito; Catherine se emocionaba, pero nada le atraía hacia esta comunidad. La voz de Dios se volvía más acuciante. Catherine sentía que no podía resistirse; y al inicio del año 1839, promete entrar en la vida religiosa, pidiendo a Dios que le indique la Orden que debe escoger.

Durante la Cuaresma, se puso en búsqueda de un sacerdote de habla inglesa. Le habían recomendado uno que confesaba en el Sagrado Corazón. Tres veces se dispuso a ir a su encuentro, pero siempre surgió un impedimento para hacerlo. En este momento, una de sus amigas, Mme de Castellane, que seguía los sermones en San Sulpicio, le habló del predicador, comprometiendo a las dos hermanas a ir a escucharle. El predicador era Monseñor Combalot. Sacerdote ardiente y lleno de celo.

Conocido por su viva elocuencia, su adhesión a la Santa Sede, su tierna devoción a la Virgen María. Había evangelizado casi toda Francia, sembrándola de doctrinas romanas, propagando el uso frecuente de la Santa Comunión y la piedad hacia María.

“Mi Dios, con su bondad, me dejó un vínculo de amor”.

*"No dependo
de nadie...
bendígame"*

Kate y su hermana Marianne, animadas por Madame de Castellane, fueron a escuchar al predicador de San Sulpicio. Marianne, tocada por esta palabra evangélica, llena de fuerza y de unción, rezaba durante el sermón para que Kate tuviera el pensamiento de irse a confesar con él. Sin embargo, a Catherine no le gustó tanto el predicador, pareciéndole demasiado entusiasta. No continuó yendo a sus sermones. Un día, él planteó la necesidad del restablecimiento de los Hermanos Predicadores en Francia y de las Órdenes Religiosas. Catherine se dijo al salir: "Al menos, éste no me rechazará si le digo que quiero ser religiosa". Y se decidió a ir a su encuentro.

Su propio testimonio revela cómo se dio este encuentro y qué pasó entonces. El 23 de marzo de 1839, en el Carmelo, Catherine se dirige después de la Misa al confesionario donde está el P. Combalot. A la primera palabra dicha por Catherine, el P. Combalot exulta de alegría. Ella quiere iniciar la confesión, pero él no lo permite diciendo: "¡espere"! Ella intenta seguir y él la detiene y le dice: ¿está usted casada? ¿es usted libre, independiente?

Ella responde: "no dependo de nadie... bendígame".

"Deténgase" – le dice él. "Tengo algo importante que comunicarle. Venga a mi casa, a la calle 47, rue de Vaugirard, a las 10 de la mañana". "Pero padre, dígame aquí lo que tenga que decirme."

"No. Venga a mi casa". ¿Y mi confesión?" – dice ella.

"Usted se confesará después".

Ella salió y vio con extrañeza cómo la otra gente se confesaba y se preguntaba por qué él había actuado así con ella.

A las 10 de la mañana, llegó con su hermana a la calle de Vaugirard. Cuando entró en la oficina del P. Combalot, él le dijo:

- "Hija, ¿ha pensado alguna vez en hacerse religiosa?"

- Sí, le dice ella, le hablaré de esto después de mi confesión.
- No hija mía, dice él. Usted no necesita confesarse. Dios la quiere, usted debe ser religiosa.
- Pero Monseñor abad, usted no me conoce; ¿cómo puede usted saber eso de repente?

Dice él: Cuando usted apareció esta mañana en mi confesionario, yo lo sentí tan claramente como si un ángel me lo hubiera dicho. Usted debe ser religiosa y Dios la quiere en una obra que yo debo fundar; es lo que me hizo detenerla y desear hablar con usted.

- ¡Pero usted me creería loca, si yo aceptara lo que usted me dice! Monseñor abad, usted no conoce ni mi alma, ni sus necesidades, ni sus aptitudes, ni nada sobre mí y ¡usted quiere decidir sobre mi vida en diez minutos!
- Hija mía, no necesito saber; Dios lo quiere; él la quiere en esta obra que yo voy a fundar.
- ¿Cuál es esta obra?
- Es para la educación.
- Yo no lo quiero, dice ella.
- Eso es porque usted no comprende nada sobre esta gran obra de educación cristiana; no comprende que es por la mujer que se regenera la sociedad. Se le da a las jóvenes prácticas de piedad, pero no se les da a conocer a Jesucristo, no se les revela a Cristo; no se les enseña a relacionar todo con Jesucristo. Instaurar todo en Cristo, es nuestra **divisa**; y **María asunta es, María elevada por encima de las cosas de la tierra, es nuestro modelo.**”

Él le expuso el fin, el espíritu, la obra del Instituto con palabras encendidas y una profunda convicción, que la aturdieron. Sin embargo, no se rindió en seguida.

Tal fue la fuerza de estas palabras, que, turbada en todo mi ser, me encontré de rodillas sin atreverme a resistir a esta voluntad de Dios, formulada con tanta certeza.

El P. Combalot le dijo: Póngase de rodillas para bendecirla para esta obra. Ella se resiste, pero él agrega con autoridad: - Le hablo en nombre de Dios, Dios lo quiere; Dios la quiere para esta obra; póngase de rodillas.

Catherine atestigua: “Tal fue la fuerza de estas palabras, que, turbada en todo mi ser, me encontré de rodillas sin atreverme a resistir a esta voluntad de Dios, formulada con tanta certeza.

- Yo la bendigo para esta obra, dijo el P. Combalot.

“Sentí que me entregaba, pero temblando; era como el pájaro que hacía un momento retozaba libremente en el aire fresco y puro, bajo el cielo azul, y que un plomo mortal fulminara todo de repente! En cuanto a Monseñor Combalot, él continuaba exponiendo sus planes, sin tomar en cuenta, sin siquiera percibir todo lo que se agitaba en mí, lo que me repugnaba una decisión tan precipitada y tan contraria a la razón. Al final, volviendo de mi estupefacción, le expuse mis legítimas objeciones:

- Para juzgar bien sobre una vocación, le dijo, hay que conocer; sin embargo, usted no me conoce y aún más, usted no quiere saber nada de mí, antes de decidir sobre mi destino en dos palabras. ¿Qué confianza quiere usted que yo tenga en su juicio?

- Yo no tengo necesidad de conocer, le responde. Es una voluntad de Dios la que yo le declaro.

- Es decir, dice ella, que usted necesita sujetos para su obra, usted me encuentra y, ¡esa es, creo yo la verdadera razón de su decisión!...

- Hija mía, dijo en tono solemne, usted sabe dar vuelta y vuelta, es una voluntad de Dios y tiene que cumplirla. Deténgase de hacer objeciones, esto se hará.

Después le habló de la Srita. Milleret que vendría a Paris el mes de abril y quería que se encontrara con ella. Ya

el P. Combalot había reclutado para su obra a la Srita. Josephine de Commarque (en 1838) y a inicios de 1839, a la Srita. Anastasie Bévier.

Tras la protesta de Catherine, el P. Combalot volvió a decirle:

- Le hablo en nombre de Dios y, si por su resistencia hace fracasar esta obra, usted responderá al juicio de Dios.

Las palabras “en nombre de Dios” la hicieron sentirse como clavada sin poder resistirse. Sin embargo, aún añadió que tenía a su familia y personas a quienes tenía que consultar y por tanto, no podría entrar tan rápido.

Luego de un corto distanciamiento con el P. Combalot, éste volvió a buscar a Catherine y a Marianne y con tono paternal que disgustó a Marianne, les habló nuevamente de su obra como si contara con el consentimiento de Catherine. Todas sus resistencias estaban vencidas y el P. Combalot comprendió que podía contar con ella.

Él escribió a la Srita. Milleret que una cuarta hermana había sido conquistada para la Asunción.⁴

La obra podía comenzar, las piedras fundamentales del edificio estaban escogidas.

Se trata de la obra de educación de las Religiosas de la Asunción, cuya fundación se hizo el 30 de abril de 1839; Catherine O'Neill se une a la primera comunidad el 5 de agosto.

Adopta en la vida religiosa el nombre de Thérèse Emmanuel. De un alma ardiente, orgullosa y bella, precisa, decidida, delicada, con convicciones propias y tono de mando, celosa de su independencia. Bajo una apariencia un poco fría y religiosamente reservada, tiene un corazón muy rico y una bondad profunda.

Posee un gusto especial por las bellas ceremonias litúrgicas. Ama la poesía, le encanta danzar.

4 Idem, pág. 13 - 23

*Él escribió a la
Srita. Milleret
que una cuarta
hermana había
sido conquistada
para la Asunción*

*"Tenía la figura
de un ángel, pero
al que le faltaba
poco para ser un
ángel rebelde"*

Sta. María Eugenia

"Tenía la figura de un ángel, pero al que le faltaba poco para ser un ángel rebelde", dice Madre María Eugenia, recordando su primer encuentro con ella.

De alma tan orgullosa como su exterior, la sobrecoge el pensamiento del sacrificio y abraza con fervor – desde el inicio – todas las prácticas de la vida religiosa. Se abandona y se une a Jesucristo, entrando en un camino de unión íntima con él, dejándose invadir y abrazar por la presencia de Dios, sin tantos razonamientos humanos.

Sus dones exteriores brillaron de igual manera que sus cualidades morales: belleza, distinción, elegancia.

Coopera por medio de su oración y su acción en el desarrollo de la nueva Congregación de la Asunción, comparte todos los trabajos de la fundadora. Recibe de Dios, dones extraordinarios de contemplación y una gracia maravillosa para instruir y santificar las almas, formar a las novicias y ejercer sobre ellas una influencia sobrenatural a lo largo de casi cincuenta años.

Cultivando sus dones recibidos de Dios, Mère Thérèse Emmanuel llegó a ser una mística del siglo XIX, a vivir una unión muy grande y especial con Dios.

¡Esperamos el día en que la Iglesia reconozca oficialmente su santidad y la sitúe junto a Sta. María Eugenia, como modelo de vida cristiana para el mundo de hoy!

En los ejercicios de Cuaresma de 1836, Ana Eugenia asiste a Notre Dame, en donde predica el P. Lacordaire. Sus palabras responden a las dudas de Ana Eugenia. "Nos preguntamos de dónde venimos, adónde vamos; pero no podemos decirnos: ¡Oh tú, quienquiera que seas, que nos has hecho, dignate sacarme de mi duda y de mi miseria! ¿Quién no puede orar así?... La duda es el comienzo de la fe, como el temor es el principio del amor".

Ana Eugenia estaba convertida. Más tarde escribe al P. Lacordaire: "Su palabra daba respuesta a todos mis pensamientos. Completaba mi comprensión de las cosas, en fin, me daba una generosidad nueva, una fe que nada le

haría ya vacilar. ¡Estaba realmente convertida”!

Su conversión implica el don total al Dios de Jesucristo. Por eso afirma con toda consciencia: “Mi vocación data de Notre Dame”. Se trata de “Entregar todas mis fuerzas, o más bien toda mi debilidad a esta Iglesia, que, en adelante, era la única que, a mis ojos, poseía aquí abajo el secreto y el poder del Bien”.

Ella acude a casa del P. Lacordaire, le expresa su inquietud y él le responde: Rece y espere. Le habla de la vida religiosa y le recomienda libros de Bonald, Joseph de Maistre... Tiene 19 años. Lee, reafirma su fe, conoce la iglesia, toma consciencia del estado de la sociedad, se entusiasma con las ideas de Lammennais, de Montalembert y otros intelectuales católicos con inquietudes sociales.

La gracia de su primera comunión se reaviva y se desarrolla. Profundiza su relación con Dios, especialmente con Cristo en la Eucaristía. Crece su deseo de consagrarse a Dios. Vive cerca de San Sulpicio y experimenta conmoción por el solo hecho de divisar las puertas de la iglesia y sentir el amor extremo de Jesucristo hacia ella y su presencia en los altares.

En la Cuaresma de 1837, es invitada por dos parientes a asistir a la Iglesia de San Eustaquio en donde predica el Padre Combalot. El sermón no le gustó a Ana Eugenia, demasiado entusiasta para ella que buscaba la paz y la interioridad. Sin embargo, sigue yendo a escuchar sus sermones e incluso va a su encuentro para expresarle su deseo de entregarse a Dios.

El padre la recibe cortante:

- ¿Tiene usted gran devoción a la Virgen?
- No tanto como yo quisiera.
- ¡Ah! Entonces, no hay nada que hacer con usted.

Pero, la cita para el día siguiente. Ana Eugenia, al encontrarle poco razonable y mesurado, decide no asistir a la

*“Entregar todas
mis fuerzas, o
más bien toda mi
debilidad a esta
Iglesia...”*

Quería fundar
una congregación
que uniera la vida
contemplativa con
la obra de la
educación.

cita y le escribe una carta dándole las razones. Él reacciona inmediatamente y le hace pasar al confesionario.

- No tiene que dejarme, le dice. Dios quiere que permanezca bajo mi dirección. ¡Hay algo en esa carta! Dios la envía.

EL P. Combalot, estando en Bretaña, el año 1825, hizo con mucha fe y ardor la peregrinación a Santa Ana d' Auray. Mientras rezaba al pie de la estatua milagrosa, le pareció escuchar a Santa Ana que le decía que la Santísima Virgen deseaba tener hijas vestidas de blanco y violeta, y consagradas al misterio de su Asunción. Impactado y feliz, se esforzó desde entonces por realizar esta inspiración que conservaba en su corazón y que consideraba que era una voluntad de Dios.

Quería fundar una congregación que uniera la vida contemplativa con la obra de la educación. Creía que la regeneración de la sociedad se haría por medio de las mujeres. Él buscaba una fundadora para crear con él esta obra. Sabía que esta congregación estaría dedicada a Nuestra Señora de la Asunción. Y para él, la señorita Milleret tenía las cualidades de una fundadora: una fe viva, un celo templado y una inteligencia despierta. Comprendió al tratarla, que ella era la elegida por Dios y la piedra fundamental de la obra que él quería realizar.

Después de haberla confesado varias veces, la puso al corriente de su proyecto. La obra tendría como fin la educación de las niñas y jóvenes de la sociedad y, por una enseñanza totalmente penetrada del espíritu católico, trabajaría en formar almas sólidamente cristianas.

Ana Eugenia se inquieta. Tenía 20 años. ¿Debía comprometer su vida a Cristo fiándose de este fogoso e impetuoso sacerdote y en una obra que empezaría a cero?

Convencido, el P. Combalot afirma a la Srta. Milleret que ella ha sido escogida para realizar este proyecto, que debe entregarse a él sin tardanza pues esta es la voluntad de Dios.

“Reconstruir todo en Cristo, hacer que se le conozca lo mismo que a su Iglesia, extender las fronteras de su Reino”. Este es el proyecto...

- No conozco la Vida Religiosa, tengo que aprenderlo todo, soy incapaz de fundar algo en la Iglesia de Dios, expresa Ana Eugenia.
- Jesucristo será el fundador de nuestra Asunción, dice el P. Combalot. Nosotros solo seremos sus instrumentos, y, entre las manos de Dios, los más débiles son los más fuertes.

Ana Eugenia lucha. Siente demasiado grande el peso. Pide el sacramento de la Confirmación y lo recibe de manos de Monseñor Quelen en la fiesta de Pascua. Día decisivo: “Mi vocación se estableció, la Confirmación fue para mí la puerta de una vida nueva”.

En julio de 1837, Ana Eugenia va a Lorena, lugar que dejó desde la muerte de su madre.

Visita a su padre, le comunica su proyecto de vida religiosa, él se opone con ternura. Luis se aflige mucho y esto le duele mucho a ella. Debe esperar cumplir su mayoría de edad. ¿Dónde?

El P. Combalot le propone permanecer interna en el monasterio de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, en Paris. La austeridad y la soledad del convento moldean su carácter. Mientras los estudios teológicos y el pensamiento social de la Iglesia alimentan su inteligencia. Lee literatura contemporánea francesa y extranjera, hasta lecturas prohibidas en la época.

Ana Eugenia es acompañada por el P. Combalot, participa activamente en las actividades religiosas de las Benedictinas: Oficio Divino, oración personal, Adoración del Santísimo. Se despierta en ella el gusto por la vida comunitaria y el deseo de prepararse para la fundación.

Su salud se quebranta con la austeridad del convento y se debilita. El Sr. Milleret se inquieta y consiente que Ana Eugenia pase un tiempo en la Visitación de la Côte Saint

Jesucristo será el fundador de nuestra Asunción, dice el P. Combalot. Nosotros solo seremos sus instrumentos, y, entre las manos de Dios, los más débiles son los más fuertes.

¡La Asunción está fundada!

André, con un mejor clima para la salud de su hija.

El 15 de agosto de 1838, Ana Eugenia entra en el convento con las religiosas salesas. Éstas la acogen con gran alegría sabiendo que será la fundadora de una nueva congregación. Le enseñan los fundamentos de la vida religiosa y monástica, los principios de una vida en comunidad y los elementos de la vida litúrgica.

Ella sigue fielmente el programa de estudio preparado por el P. Combalot. La Sagrada Escritura; Teología Dogmática, en particular Santo Tomás de Aquino; Teología Moral, en particular San Alfonso de Liguori; Espiritualidad, en particular Santa Teresa de Jesús y San Agustín; Padres de la Iglesia; Idiomas: alemán, inglés, latín.

Se interesa por las grandes causas de la Humanidad, de la Sociedad y de la Iglesia. Intuye que para responder a las mismas, esta nueva familia que ella va a fundar, debe dedicarse a la educación religiosa, con nuevos métodos de estudio e incorporando el pensamiento de católicos innovadores del siglo XIX.

Al fin, el 30 de abril de 1839, por la tarde, cuando la Iglesia celebra la fiesta de Santa Catalina de Siena, se reúnen en un pequeño apartamento en la calle Férou, cerca de la Iglesia de Saint Sulpice: Ana Eugenia Milleret y Anastasie Bévier.

¡La Asunción está fundada! En mucha pobreza, el mobiliario estrictamente necesario, comida extremadamente pobre, camas de jergones de paja.

Recordando este día, María Eugenia dirá más tarde: “Nuestra congregación ha tenido unos comienzos tan endebles, tan impotentes y tan poco adecuados al bien que ha querido Dios obtener de ella que no nos atreveríamos a contarlos, si no fuera precisamente para poner de relieve que por la ausencia de toda fuerza y de toda sabiduría humana es por lo que las obras se muestran más verdaderamente de Dios”.

A finales de julio, alquilan una casa en Meudon, para pa-

sar el verano. Aquí entra Catherine O'Neill el 5 de agosto.

Recordando estos primeros meses de la fundación, Madre María Eugenia dice en 1884: Me emociona una idea que siento necesidad de exponer; en nuestra obra, todo es de Jesucristo, todo es por Jesucristo, todo debe ser para Jesucristo... Empezamos en un pobre y pequeño apartamento, luego en casas alquiladas. Éramos unas pobres jóvenes sin un lugar en la tierra. Dios nos lo dio todo. Las casas, las hermanas, ¡todo viene de Él, todo es pues de Él y debe volver a Él!”

Porque fue toda de Dios para el Reino, ¡María Eugenia es santa hoy!

Dos niñas, dos adolescentes, dos jóvenes de familias inmigrantes, que se van forjando según las circunstancias de su vida, hasta llegar a ser plenamente lo que Dios las llama a ser: ¡santas! Entregadas totalmente a Jesucristo, liberador y rey del Mundo, para extender su Reino sobre la tierra.

C. Una amistad para que la Asunción viva y crezca al servicio de la EXTENSIÓN DEL REINO DE JESUCRISTO

Desde su llegada hasta el momento de su muerte en brazos de Madre María Eugenia de Jesús, el 3 de mayo de 1888, Thérèse Emmanuel y María Eugenia, se unen profundamente, de forma que las dos existencias hacen una sola: dedicadas a la misma tarea, compartiendo las mismas pruebas, recorriendo las mismas etapas para que la Asunción viva, crezca, responda a la primera intuición de la fundadora: extender el Reino de Jesucristo.

Fundadora y cofundadora de las religiosas de la Asunción, traban una amistad que durará toda su vida. Con personalidades muy diferentes, cada una aporta a la Asunción, su visión, su carisma, sus dones, su camino espiritual, complementándose maravillosamente para cincelar juntas esta obra de Dios al servicio del Reino.

Porque fue toda
de Dios para el
Reino, María
Eugenia es santa
hoy!

Su amistad está marcada por el **apoyo mutuo, reconociéndose muy diferentes.**

Por el **espíritu de unidad y comunión.** Mère Thérèse Emmanuel siempre procuró mantener la unidad en torno a Madre María Eugenia. La frase que pronunció cuando la ruptura con el P. Combalot fue una orientación a lo largo de toda su vida. “¡Jamás nos separaremos de Madre María Eugenia!”.

“Si usted supiera cuánto tengo sed de unidad con usted y cómo temo la menor nube, sin importar de dónde venga, que se eleve entre usted y yo... Si yo cometo una falta, crea, madre mía, que quiero ser corregida”.⁵

Una amistad que **se fortalece en la distancia.** La correspondencia entre las dos son testigos de esta amistad que busca únicamente la voluntad de Dios y el bien de la Congregación.

Ambas **se apoyan mucho a nivel espiritual.** Desean y buscan cómo ayudarse a ser más auténticas en su compartir con el acompañante. “Sor Thérèse Emmanuel me dice cada vez que hablo con ella, que debo esforzarme en mostrarle otra naturaleza de la que le he mostrado siempre, que debo decirle lo que le he dicho a ella”.⁶

Durante un Retiro, Madre María Eugenia escribe al P. d’Alzon: “Le presentaré a Sor Thérèse Emmanuel y cuando usted le haya dicho lo que usted quiere de mí, ella me ayudará más de lo que yo pueda hacer sola”.⁷

Se acompañan mutuamente. A Madre María Eugenia le supone una gran responsabilidad el acompañar a Thérèse Emmanuel, dotada por Dios de gracias extraordinarias. La dirigió siempre con el amor que uno puede tener a una hija que tanto ha costado, con sabiduría y discernimiento espiritual.

Trabajan y reflexionan juntas. Comparten trabajos y preo-

5 O. III, 260

6 Vol. 7, 1594. Carta al P. d’Alzon.

7 Vol. 8, 1618. Carta al P. d’Alzon.

Una amistad que
se fortalece en la
distancia

cupaciones. Elaboran los ceremoniales de Toma de Hábito, de profesión; revisan y adaptan las Constituciones elaboradas por el P. Combalot, buscando afinar la visión espiritual y educativa de la Asunción.

Sufren mutuamente en su relación afectiva, el compartir presenta sus dificultades, chocan por la diferencia de carácter, tienen roces por su sensibilidad, concepciones diferentes, disienten en su forma de ver a las personas y las realidades, pero siempre dialogan, conservan la confianza y la amistad, a veces en una fidelidad silenciosa, se esfuerzan continuamente por situarse cara a cara, en caridad y armonía.

La gracia de Dios va triunfando sobre lo humano, haciendo de las dos una sola alma para Dios Solo.

La **intimidad** de su amistad está **centrada en Jesucristo, él es su vínculo de unión**. A través del intercambio, se ayudan a crecer en virtudes cristianas. “Me gusta decir esto, dice María Eugenia, porque a veces se cree que la virtud excluye la unión con otras almas, pero al contrario, mientras más avanza esta persona en virtud, más se presta para sostenerme en todo lo que toca el servicio a Nuestro Señor y consolarme en las debilidades y los dolores... no queremos otra unión que la de Jesucristo y su cruz y animarnos a llevarla mejor cada día firmemente y dulcemente. Lo que hay de singular, es que mientras yo la animo a ser valiente, ella me predica la suavidad, siendo que ella es la más valiente y yo, la más débil.”⁸

Intimidad, apertura mutua. Mère Thérèse Emmanuel es para Madre María Eugenia no solo una ayuda espiritual, sino su “querida mitad”. A veces Mère Thérèse Emmanuel se inquieta al pensar que ama de una manera demasiado humana. M. María Eugenia le responde: “Así es la naturaleza humana, dejaría de amar si cesara este movimiento, este deseo, hacia el ser a quien Dios la ha unido. Y Dios, la ha querido unir a mí, yo lo necesito, hija mía, es el más dulce y querido reposo de mi vida y una de las cosas que

*La intimidad de
su amistad está
centrada en
Jesucristo, él es su
vínculo de unión.*

8 Vol. 7, 1571.

"La quiero como madre, como hermana, como amiga con todo mi corazón..."

me llevan más a Dios".⁹

Su amor cimentado en Jesucristo, lleno de afecto, cariño y ternura, no impide a Madre María Eugenia cumplir con su deber y su responsabilidad de madre ante ella "yo no quiero que ninguna duda ni inquietud pueda situarse en el alma que Dios me ha dado como apoyo".¹⁰ Esto la lleva a **ser fuerte** y a crecer en **dominio de sí misma**.

"La quiero como **madre**, como **hermana**, como **amiga**, con todo mi corazón y con toda confianza y espero que el tiempo que dure nuestra separación su corazón no deje un minuto de creerlo y de recurrir a mí ante la menor pena y tentación".¹¹

Se alegran del camino espiritual de cada una. Se animan a avanzar. El buen ejemplo y la caridad de una dilata el corazón de la otra y fortalece su fe.

Se ayudan a **discernir** sus movimientos interiores, luces, penas, angustias.

Son **independientes**, cada una, en plena libertad, sigue su camino, el que Dios le va trazando. Dice M. María Eugenia, "Las que viven conmigo dicen que soy extremadamente liberal. Nunca tengo necesidad de la libertad de nadie con tal que me dejen la mía. Esta es la naturaleza. En cuanto a la gracia, sé que sus inclinaciones son otras".¹² Independencia y docilidad total a Dios se conjugan.

Se consuelan en las tristezas y sufren por hacerse sufrir. Perciben en la otra más allá de lo que expresan.

Aprenden juntas a **darse el lugar que a cada una corresponde**. Mère Thérèse Emmanuel se distingue por su humildad y su obediencia en medio de tantas gracias extraordinarias que recibe de Dios. A veces, Mère Thérèse Emmanuel siente que hace sombra a Madre María Eu-

9 Vol. 3, 267.

10 Vol. IX, 1862.

11 Vol. 3, 282.

12 L. 1616/1844

genia, ésta piensa que eso está muy lejos de la verdad seguramente, sufriendo al mismo tiempo personalmente por tener un lugar muy grande ante las hermanas.

Madre María Eugenia desea que las vean a una en todo. El testimonio de unidad es de gran importancia para ambas.

El deseo del bien, de darlo todo por el éxito de la obra, hace que su amistad sea transparente y cada una vea en la otra aquello que es motivo de cambio, de conversión, para bien de la obra que Dios les ha confiado.

Los intercambios entre ellas son cuidadosos, precisos, claros. La libertad y la prudencia reinan en sus relaciones.

Oran la una por la otra, se tienen presente fielmente ante el Señor. Cuando están separadas, se extrañan y esperan verse de nuevo. “Venga pronto... Yo la espero como a mi hija, mi hermana, el alma más querida”.¹³ ¡Se alegran al verse de nuevo! Se alegran al escribirse y manifestarse el cariño “Quiero que sepa los movimientos de alegría que dan a mi corazón sus palabras cariñosas”.¹⁴

Dios las ha unido para la eternidad y lo sienten cada vez más. En la medida que pasa el tiempo, crecen la intimidad y la confianza. Todos los proyectos los preparan juntos, las fundaciones. Están en constante comunicación. Su unión y comunión perduró hasta el último día aquí en la tierra.

Mons. Gay, dirigiéndose a las religiosas de la Asunción al mes de su muerte, les dice: “Ustedes saben mis hermanas, que Mère Thérèse Emmanuel fue para su venerada madre fundadora: más que una cooperadora, más que una hermana, más que una amiga. David y Jonatán no tuvieron sus almas más unidas, que lo que las tuvieron estas dos Madres encargadas por Dios para establecer la Asunción. Ellas caminaron los mismos pasos, apoyada la una en la otra, decidiendo todo, haciendo todo en común”.

*Dios las ha unido
para la eternidad
y lo sienten cada
vez más.*

13 Vol. 3, 276

14 Vol. 3, 326



Guía de reflexión No. 1

Presencia de Dios en la vida de Mère Thérèse Emmanuel y de Santa María Eugenia

1. Descubre en sus vidas, la presencia de Dios desde el seno materno hasta el momento de su decisión vocacional.
2. Descubre en tu vida, la presencia de Dios desde el seno materno hasta este momento de tu vida.
3. Relata de qué manera Dios se ha hecho presente en tu vida y te conduce.
4. Describe las huellas de Dios en tu vida personal, en tu familia, en tu círculo de amigas y amigos.

Guía de reflexión No. 2

Vocación y respuesta de Mère Thérèse Emmanuel y de Santa María Eugenia

1. ¿Cómo y desde cuándo Dios fue mostrando su vocación a Mère Thérèse Emmanuel y Santa María Eugenia?
2. ¿Qué importancia tuvo la vivencia sacramental en sus vidas?
3. ¿Qué medios utilizó Dios para mostrarles su camino en la vida, su vocación a la felicidad?
4. Completa estas frases:

“Mi vocación la descubrí

.....

.....

(Mère Thérèse Emmanuel)

“Mi vocación la confirmé

.....

.....

(Mère Thérèse Emmanuel)

“Mi vocación la descubrí

.....

.....



.....
(Madre María Eugenia)

“Mi vocación la confirmé

.....
(Madre María Eugenia)

5. Al releer tu camino en la vida, ¿descubres pasos y señales de Dios en tu vida?
6. ¿Puedes decir que Dios te está mostrando tu camino, tu lugar, tu vocación en la vida para ser una persona plena y feliz? ¿Cómo? ¿Hacia dónde? ¿Por qué lo percibes así?
7. ¿Qué medios puedes poner para llegar a una claridad en tu vocación y a un consentimiento libre y gozoso de tu parte?

Guía de reflexión No. 3

Mère Thérèse Emmanuel y Santa María Eugenia: Una amistad para que la Asunción viva al servicio del Reino de Jesucristo. Una amistad para la Eternidad.

1. Describe los rasgos de la amistad entre Mère Thérèse Emmanuel y Santa María Eugenia.
2. ¿Qué supuso para cada una establecer una amistad así?
3. ¿Cuáles fueron los frutos de esta amistad en la vida de la Asunción, la Iglesia y la sociedad de su tiempo?
4. Y tú, ¿tienes alguna experiencia de amistad? ¿Cómo se caracteriza?
5. Tu experiencia de amistad, ¿a dónde te conduce? ¿en qué se basa? ¿te ayuda a crecer y a ser más libre y feliz?

